

H. P. LOVECRAFT, *Ensayos filosóficos*, ed. de César Guardé-Paz, AGON/Grupo de Estudios Filosóficos, Barcelona, 2023, 667 pp. ISBN: 979-8373728195

Ateniéndonos a las proporciones de su producción y pensamiento filosóficos, cabría preguntarse la razón por la que, en un siglo en el que ideología y conflicto se han convertido en sinónimos, H. P. Lovecraft es recordado por la mayoría como un escritor refugiado en su propio mundo mitológico. Es sorprendente que un hombre político, activo en la prensa de su época, de opiniones férreas y expresión ácida haya acabado atrapado en su faceta literaria. No podemos describir este volumen como el acercamiento al lado filosófico de un literato: se trata de una oportunidad para curarnos del imaginario colectivo y, por tanto, de una invitación póstuma a hacer uso de esa inteligencia distintiva que veremos definida como la única vía para lograr el bienestar de la sociedad.

La publicación de esta edición es merecedora de atención no solo por ser la primera en español que recoge por completo la obra filosófica de Lovecraft, sino también por su eficacia a la hora de poner de manifiesto que, pese a que sus ensayos respondían a cuestiones contemporáneas, las opiniones que alberga la hacen intempestiva. Como menciona el editor, “en el filósofo nada es impersonal”, por lo que el volumen ofrece un nutrido estudio preliminar en el que aspectos biográficos confluyen con los sucesos que definieron la América de principios del siglo XX, así como los nombres de aquellos que influyeron en la formación tanto literaria como filosófica de un autor atento a la “inmutabilidad esencial de la humanidad y de sus instintos”. Así pues, el personaje siniestro y solitario en el que se ha intentado hacer encajar a Lovecraft queda fácilmente fuera de nuestras mentes, basta con apreciar la diversa índole de sus escritos y el hecho de que estos contuviesen controvertidos puntos de vista que, de haber sido tomados en cuenta, habrían moderado la sociedad americana: ciencia, derecho, política, economía, antropología o historia son algunos de los campos que interesaron a Lovecraft y sobre los que expresó su parecer, siempre con vistas a la autoexpresión y no a si se dirigía a amistades, objetores o el público general.

A diferencia de lo que sucedería en otras áreas, Lovecraft tuvo poco que discutir a la ciencia; la mayoría de sus ensayos es fruto del desagrado que le causaban la superstición y el consecuente rescate de disciplinas faltas de evidencia e impropias de su época. La oposición entre la astronomía y la astrología protagonizó su enfrentamiento con J. F. Hartmann, a quien calificaría de ser “un devoto ciegamente fanático de la falsa ciencia de los cielos”. Pese a reconocer el valor que tuvo durante la Edad Media, Lovecraft creía que la astrología no era más que “el legado de una ignorancia prehistórica” cuyas falacias, al habersele negado una muerte natural y honorable, “son como las muchas cabezas de la Hidra de Lerna”; en su opinión, lo que urgía era condenar lo que convirtió a la astrología en objeto de desprecio y ridículo: la repetición de errores pasados. En términos generales, diríamos que Lovecraft entendió la superstición como uno de los grandes problemas de su siglo al detectar en sus conciudadanos el deseo de creer en lo sobrenatural, de apego a las doctrinas

subjetivistas: en ‘El cáncer de la superstición’, Lovecraft reconstruyó este concepto, distinguiendo su origen y relación con la religión u otros movimientos como el espiritismo y el animismo. En sí, la preocupación científica de Lovecraft residía en el hecho de que personas educadas y capaces de un “pensamiento sobrio” se hubiesen vuelto supersticiosas.

Como se ve a lo largo del volumen, nos encontramos ante un autor que desconocía la autocensura, era conciso y no se contenía a la hora de posicionarse y juzgar las acciones y palabras de políticos o críticos literarios. El tono sentencioso de algunos de sus textos pone de manifiesto la idea lovecraftiana de que el pensamiento está destinado al conflicto, aunque cabe comentar que esto no supuso la victoria del carácter amarillista de las discusiones mantenidas públicamente sobre el despliegue de conocimientos: ‘Vivir en beneficio de la humanidad’ y ‘En defensa de Dragón’ son buenos ejemplos de ello.

Como ocurre con Nietzsche, en el pensamiento de Lovecraft subyace la aspiración a una sociedad encabezada por la verdadera aristocracia, véase una racional, elástica (no determinada por el nacimiento) y “bondadosa hacia las masas”. No obstante, Lovecraft consideraba que el nietzscheanismo era impracticable y que cualquier tipo de gobierno era inestable: la aristocracia no era más que el mal menor porque en ella “algunos tienen mucho por lo que vivir”. Al cabo, adscribiéndose a lo sostenido por Schopenhauer, Lovecraft pensaba que “esperar una perfecta adaptación y felicidad es absurdamente acientífico y afilosófico” y solo concebía una vida en la que la belleza fuese el medio para mitigar el dolor.

Aún así, es probable que su lado aristócrata fuese el que determinase su apoyo a la ley seca; Lovecraft identificó una clara relación entre su consumo y la regresión evolutiva, pues el alcohol era una tentativa a faltar a la ley y a la inteligencia humana. El alcoholismo no era solamente una conducta nociva para el individuo, sino un problema que desembocaba en la crítica política y la reflexión sobre el papel de la ley o la influencia de la prensa y el mercado sobre el comportamiento hedonista de las masas.

Por otra parte, esta misma creencia lo llevaría a hablar en términos como “la violación de la raza” y a defender la “supremacía biológica del teutón” a la hora de entender la Gran Guerra; aunque textos como ‘El crimen del siglo’ presentan una doctrina racial que va más allá del odio al extranjero, pues tiene más que ver con la decadencia de la civilización que con la raza en sí, es innegable que Lovecraft asumió el racismo habitual de la época. En relación con esto, convendría destacar que el racismo de Lovecraft no desembocó en un americanismo sentimental: pese a que dedicó muchas páginas a la historia de América, defendiendo que “Inglaterra y América son espiritualmente una”, nunca perdió de vista que el americanismo debía basarse en la sensatez y la practicidad, abrazando el pasado y la tradición americana, basada en el trato racional y la búsqueda del bien de la población.

La singularidad de Lovecraft recae en este tipo de bifurcaciones, difíciles de sortear para aquellos que no renuncien a los prejuicios ideológicos de nuestro siglo. Esto se hace aún más notable a la hora de estudiar su evolución política, pues resulta llamativo ver a un autodeclarado socialista fabiano mostrar su simpatía hacia el fascismo. Hemos de tener en cuenta que Lovecraft entendía este sistema como “una oligarquía de inteligencia y educación” cuyo líder era “un hombre capacitado de visión y refinamiento sin motivación lucrativa”. En el plano ideológico, la democracia y la concesión de poder a las masas no eran prioritarias porque atribuía a la desigualdad de inteligencias el resto de desigualdades. Lovecraft veía el orden social actual como inevitable y natural, condenaba la revolución y su propósito era alejar a la población de la barbarie medieval.

Dicho esto, su aversión al comunismo no habría de sorprendernos. La crítica al régimen soviético y su doctrina aparece en numerosos escritos: en esencia, el bolchevismo consiste en la negación de la libertad individual y la privacidad, la destrucción cultural mediante el arte propagandístico y la promoción del fanatismo y la pseudociencia; son especialmente interesantes las propuestas acerca de la religión y “la elegancia de vivir” en el comunismo. En el contexto de la Gran Guerra, otra ideología que Lovecraft desaprobó fue el pacifismo, que motivó la defensa de la naturalidad de la guerra, basada en la “belicidad y cainismo esenciales de la humanidad” y el hecho de que “el único factor definitivo en las decisiones humanas es la fuerza física”. En realidad, lo que Lovecraft cuestionaba era el grado de realismo de las propuestas pacifistas —su escepticismo ante la Liga de las Naciones se debía a que no vio en ella una alianza capaz de desbancar la guerra, *i. e.* sin conflictos de intereses—, pues abogaba por el valor de la posesión de fuerza militar y naval a la hora de preservar la paz.

Otro suceso que marcaría la temática de sus escritos fue la Gran Depresión y la aprobación del *New Deal*. Su pensamiento económico se orienta hacia un mundo de lujo material reducido, es decir, un mundo que priorice el mantenimiento de la civilización a la propiedad privada. En una época mecanizada y de recursos abundantes, Lovecraft reconocía que no todo el mundo tenía algo que hacer y que, por tanto, los desempleados eran ahora hombres competentes cuyo espíritu se debilitaría a causa del trabajo artificial. Del análisis histórico que dejó plasmado en ‘Un lego observa el gobierno’, aprehendemos la socialización y una redistribución moderada como soluciones al problema económico. El gobierno no puede priorizar un modelo ni dejarse llevar por los intereses de las empresas, su objetivo ha de ser la reconstrucción del tejido económico y la salvación de la población, ahora tentada por los líderes revolucionarios y sumergida en una cultura centrada en acaparar recursos. La constante crítica política evidencia que Lovecraft se tomaba en serio el papel de las instituciones: textos como ‘El conservadurismo de Harvard, a Este y Oeste’, en el que denuncia que se esté moldeando a las nuevas generaciones a imagen de las viejas, y ‘Chicago: No es una ciudad asolada por el crimen’, en el que desvela incómodas verdades sobre el sistema judicial americano y reclama una adecuada aplicación del derecho, son otras muestras merecedoras de atención.

Llegados a este punto, es interesante comentar la importancia que concedió Lovecraft a la antropología e historia en sus escritos, a las que recurre a menudo para explicar y justificar sus opiniones, siguiendo el principio de que “lo único que puede hacerse lógicamente es trotar plácida y cínicamente, según los valores y tradiciones artificiales con los que herencia y entorno nos han provisto”. La muestra más clara de este aprecio la encontramos en ‘Una herencia viva: Arquitectura romana en la América de hoy’. Este escrito presenta una reflexión sobre el arte y el peso que en él tiene la herencia local del espectador. Lovecraft defiende que “el verdadero arte debe ser, sobre todo, inconsciente y espontáneo” —la imaginación es, pues, el sentido esencial del arte— y arremete contra las teorías funcional y modernista. Aún así, como indica el título, su argumentación acabará constituyendo un elogio de la primera civilización moderna que culmina con la afirmación de que “seguimos viviendo en un mundo romano”. Otra muestra de su predilección por la historia es el estudio de la humanidad que demuestra en ‘Los diez hombres más grandes del mundo’, en el que de manera aforística se dirige a los hombres que, por fortuna o por desgracia, cree fundadores del pensamiento moderno. Lovecraft seguirá un procedimiento similar en ‘Algunas causas de autoinmolación’, pues antes de distinguir las ocho motivaciones que conforman la fuente de acción humana, creyó necesario realizar un recorrido por la historia del pensamiento.

Sin aventurarnos a delimitar lo que es o no filosofía, no cabe duda de que las opiniones de Lovecraft se elevaron sobre el plano político; puede que a pesar de que “la justicia es un fantasma burlón”, aspirase a ser un cínico risueño. En su análisis del enfrentamiento eterno entre idealismo y materialismo encontramos el origen y síntesis de otras de sus ideas: el idealismo está relacionado con la irracionalidad, el placer y las ilusiones, mientras que el materialismo lo está con la experiencia, la percepción y la búsqueda de verdad. Uno es análogo a la irracionalidad, el placer y las ilusiones; otro lo es a la experiencia, la percepción y la búsqueda de verdad. Además, un antiguo entusiasta pagano no podía pasar por alto la relación entre la ética idealista y la creencia religiosa, desconocida para la mente fría y desarrollada del materialista europeo. En resumen, y pese a reconocer que la evolución necesita un período idealista, Lovecraft concluye que “el materialista no tiene nada que perder; el idealista está sufriendo eternamente del espasmo del desencanto”.

Lovecraft no se ha enfrentado a la censura del siglo XXI, pero sí al olvido de una sociedad a la que convendría su audacia.

***Eric J. Martos García***